

Mono y planicie

En los caladeros de votos de Trump la evolución del mundo no cambia nada

JUAN BAS



Me gustan las películas con juicios. Mi favorita es una obra maestra que transcurre en un juicio histórico y peculiar: '¿Vencedores o vencidos?' (Stanley Kramer, 1961), mal título en vez del sobrio original 'Judgement at Nuremberg'. También me gusta, claro, 'Matar a un ruisecillo' (Robert Mulligan, 1962), basada en la célebre novela de Harper Lee, aunque el juicio no sea lo principal de lo que cuenta. Disfruto de la rocambolesca 'Testigo de cargo' (Billy Wilder, 1957), con un Charles Laughton que anima mucho la función. Desde luego la demoleadora 'Senderos de gloria' (Stanley Kubrick, 1957), donde oí por primera vez que el patriotismo es el último refugio de los canallas. Y 'Anatomía de un asesinato' (Otto Preminger, 1959), aunque el juicio tarda demasiado en comenzar. La lista de títulos sería larga. Hace poco vi una famosa que me faltaba (siempre quedan huecos cinéfilos): 'La herencia del viento' (1960), también de Stanley Kramer, quien en esos años hizo una serie de películas progresistas y comprometidas, entre las que destaca la antirracista 'Adivina quién viene esta noche' (1967), hábilmente disfrazada de comedia amable.

'La herencia del viento' sitúa la acción hace casi un siglo; sin embargo, las retrogradadas mentalidades que retrata el caso en que se centra se encuentran todavía en el sur profundo y en el medio oeste de Estados Unidos, los caladeros de votos del inefable Trump (cada vez más parecido a un malo de Batman, es decir, a un primario personaje de tebeo), donde parece que el tiempo transcurrido y la consiguiente evolución del mundo no cambian nada en esas inertes comunidades en que la facultad de pensar, de discernir, es un bien escaso.

La película trata del juicio a John Scopes, que fue conocido como el juicio del mono, en una pequeña ciudad de Tennessee asfixiada por el fanatismo religioso y la intolerancia. Sucedió en 1925. Scopes, profesor de enseñanza secundaria, fue sentado en el banquillo por explicar a sus alumnos la teoría de la evolución de Darwin; una ley estatal prohibía negar el creacionismo basado en la Biblia. Hoy, 95 años después, en esa y otras poblaciones norteamericanas semejantes, regidas por el atraso, hay gente que está convencida de que la Tierra es plana como el coco amarillo de su presidente electo. Teniendo esto en cuenta, no tiene nada de sorprendente que también continúe la creencia de que en esa planicie estaba el jardín del Edén, donde Adán y Eva dieron curso a la Humanidad. El problema es que esa gente suele hacer proselitismo, dogma y cruzada de sus credos y puede ser más peligrosa que un mono con una pistola.

Una Europa más lejana

JAVIER ZARZALEJOS

El Gobierno, por su composición y su soporte parlamentario, no es homologable con los países de referencia. Su gestión en la pandemia agrava el problema

De vez en cuando se escucha una pregunta retórica: «¿En qué situación estaríamos si no estuviéramos en la Unión Europea?». La respuesta parece bastante sencilla y la daba el exministro de Industria y Asuntos Exteriores Josep Piqué: habríamos entrado en suspensión de pagos y ahora, con suerte, estaríamos negociando con el FMI qué hacer con nuestra deuda. En una crisis como esta, España habría vuelto a la condición lamentable de un empobrecido país de posguerra.

Y sin embargo, a pesar de que Europa ha sido un anclaje de estabilidad política y económica insustituible, existe una evidencia creciente de que esos anclajes europeos se encuentran sometidos a una presión que los debilita y los pone en peligro. Dicho de otra manera, España se encuentra en pleno proceso de peligrosa divergencia respecto de lo que es y significa Europa.

En primer lugar, tenemos un Gobierno que por su composición y su soporte parlamentario no es homologable con los países de referencia. Su discurso populista y divisivo, bajo la influencia de Unidas Podemos, y su alianza ya estructural con independentistas catalanes, condicionada permanentemente por los compromisos con el PNV, han creado un verdadero problema de gobernanza democrática. Un problema que se agrava y se pone dramáticamente en evidencia con la gestión ausente de un Ejecutivo desaparecido en la segunda ola de la pandemia y la sensación de irrealidad de una gestión económica basada en un proyecto de Presupuestos Generales del Estado tan carentes de credibilidad como la logorrea de su autor.

En segundo lugar, lo que significa Europa como rasero de calidad democrática está siendo despreciado sin recato por un Gobierno que ha puesto en marcha una reforma indigerible de la elección del Con-



JOSÉ IBARROLA

sejo General del Poder Judicial y acaba de dictar un estado de alarma que no sólo elude el control de la máxima autoridad que queda investida con esos poderes especiales –el presidente del Gobierno–, sino que desapodera al Parlamento de su capacidad de decisión al transferirla de hecho al Consejo Interterritorial de Sanidad y a la Conferencia de Presidentes, que son los órganos designados para revisar la declaración de alarma.

El Gobierno y el Partido Socialista no son conscientes –o tal vez ahora sí– del impacto que ha supuesto una reforma legal oportunista, 'a la polaca', como la propuesta para la elección del CGPJ. Apenas unos días antes, el informe de la Comisión sobre Estado de Derecho en la Unión insistía en el riesgo de politización del CGPJ y apuntaba, además, a las relaciones entre la Fiscalía y el Gobierno como una cuestión claramente necesitada de

mejora. Que la respuesta a estas serias observaciones de la Comisión haya sido una proposición que ignora olímpicamente la doctrina consolidada tanto de la Unión como del Consejo de Europa en esta materia no podía ser interpretado más que como un arrogante desafío del Gobierno español, ofuscado por sus afanes de ocupación de espacios de poder que deben permanecer en la independencia de los frenos y contrapesos de un sistema democrático.

En tercer lugar, un partido, Vox, que pugna por la primacía de la alternativa al Gobierno de Sánchez, pero condensa su desprecio hacia Europa –hacia la Europa realmente existente e institucionalizada en la Unión– con una insólita diatriba que, esa sí, causa perplejidad por su agresiva torpeza. Quien se ha postulado para presidente del Gobierno define a la UE como «un megaestado federal que se parece demasiado a la República Popular China, a la Unión Soviética o a la Europa soñada por Hitler», como «un vertedero multicultural» y una instancia política que «desvalija» a España, contraponiendo las bondades de Móstoles a la maldad de la maquinaria burocrática de Bruselas a modo de rúbrica castiza de su alegato.

Una visión de Europa que plantea un gran reto de valentía y claridad programática a esa derecha autodenominada «valiente» para que concluya su razonamiento, porque ¿quién quiere vivir en algo ni lejanamente cercano a la Europa soñada por Hitler? ¿A quién no le resultaría insoportable despertarse todos los días en un vertedero multicultural? ¿Quién, aparte de agricultores serviles o regiones colonizadas, podría aceptar esos fondos contaminados por la tiranía burocrática de Bruselas? Y, además, ¿de qué sirve que esta Europa sovietizada haya apoyado nuestra integridad territorial frente al desafío independentista catalán?

¿Mierda de artistas?

MIGUEL ESCUDERO



En este planeta de virus en el que nos vemos instalados todos al alimón, el daño se está cebando en personas de carne y hueso, no de ficción. También en sectores profesionales. Es demoledor en el caso de la hostelería. Hace quince días, la Generalitat se apresuró a cerrar a cal y canto bares y restaurantes; una orden con nula eficacia: los contagios, lejos de remitir, se han disparado. ¿Sabían estos políticos, obsesionados con separarse

de España, lo que hacen y dejan de hacer?

Y si dentro del gremio cultural miramos hacia el cine, el teatro o la música, el panorama no es menos desolador. Al infame pirateo (practicado sin distinción de ideologías) que desde hace años pauperiza las industrias del espectáculo (de las que tantas familias tienen su sustento), se ha sumado el cierre de numerosas salas tras el confinamiento. Ahora, las restricciones de aforo empujan a ba-

jar la persiana. Sin embargo, el arte nos ha de salvar con ciencia y humor.

Modigliani, pintor de figuras alargadas, murió hace un siglo, tenía 35 años y estaba minado por el alcohol y la droga. Hace poco, el chino Liu Yiquan pagó más de 150 millones de euros por su 'Desnudo acostado'; si el pobre 'Modi' levantara la cabeza. Kurt Schwitters decía que «todo cuanto un artista escupe es arte», un exabrupto de alegre tomadura de pelo. Hace 60 años y poco antes de morir, el joven aristócrata Piero Manzoni presentó su obra 'Merda d'artista': 90 pequeñas latas cerradas con excrementos suyos, todas con la etiqueta de contenido de 30 gramos, y puso a la venta cada una al precio de 30 gramos de oro. Nadie confiesa haber abierto una de ellas.

La broma del mundo sigue y no para.